

HISTORIAS MÍNIMAS DEL EXILIO

Lic. Mariana Flint

Lic. Jesús García-Vizcatno

Una historia relata que en el siglo XV un *shogun*, Ashikaga Yoshimasa, envió a China un tazón de té roto, muy apreciado por él, con el fin de que fuese restaurado. Cuando llegó la pieza de vuelta a su residencia, descubrió que la reparación había sido fallida y entonces, inconforme y dispuesto a no perderlo, contrató un artesano de su propio país, Japón. El artesano analizó el doble daño, es decir, el de las roturas iniciales en el tazón y los producidos por la fracasada reparación e, ingenioso, decidió algo tan increíble como maravilloso: ya que las cicatrices en la cerámica eran inexpugnables, las utilizaría como parte del propio objeto; no quedarían ocultas y esa sería la clave de su nueva naturaleza. Rellenó entonces las grietas con resina y polvo de oro, que resaltaron dónde habían sufrido el daño, pero unieron las piezas firmemente y así un tazón para té, roto, exhibiendo su historia, se había vuelto un objeto inmarcesible. Así, se dice, nació el *Kintsugi* o *kintsukuroi*, que en japonés se traduciría como carpintería en oro.

Durante años hemos atendido inmigrantes venezolanos en diferentes lugares del mundo. Algunos nos cuentan sus historias apenas entrar; otros demoran incluso años para comenzar a narrarlas. Unos logran fabricar artificios protésicos para sostenerse en su nueva vida; otros tienen tanto espacio entre sus grietas, que parece que nunca lograrán contener algo más dentro de sí.

Es la historia de casi siete millones de personas hasta ahora, más del 20% del país, que buscan otro lugar para seguir viviendo. Un número que sigue en aumento. Ya los historiadores y los novelistas, alguna vez, podrán narrar la gran historia desde una realidad remota, la del país, hablando de economía, de política y de leyes. Entonces el gran debate, la gran conversación, se hará, como siempre se ha hecho, y las grandes cosas quedarán ordenadas en textos y documentales para generar opinión y conocimiento. Ese tiempo llegará, como siempre ha llegado a cada pueblo. Por ahora, mientras tanto, nos gustaría contar las pequeñas historias, pequeñas reseñas, de todo lo que puede ocurrir dentro de un solo corazón. Historias ínfimas de quienes se han ido y que ni siquiera serán, en muchos casos, escuchadas por otros oídos; relatos de lo vivido que, con seguridad, serán olvidados por la gran historia. Historias mínimas del exilio venezolano, que pasaron de la boca de cada paciente a nuestros oídos de analistas y también, a nuestro propio corazón. Fractales del dolor colectivo, que parecen inconexos, pero que repiten un patrón, que solo puede ser comprendido desde lo minúsculo de la individualidad.

Colocar el polvo de oro, mezclándolo sobre las grietas, siempre es difícil e indefectiblemente produce la sensación de que no alcanzará. Ir reparando es renunciar a la idea de restaurar. Dar lugar al vacío. Descubrir las paradojas entre un nuevo universo, donde no se habita, pero se puede estar, y otro más, donde se habita, pero ya no se tiene lugar. Remediar las roturas iniciales de cada alma y los daños producto de la emigración, produce algo tan increíble como maravilloso: las cicatrices inexpugnables forman entonces una parte no oculta de la persona misma y pasan a formar parte de la propia naturaleza de su ser.

A continuación, cinco historias de tazones rotos. Cinco de esas, por ahora, casi siete millones de historias.

I. Ana y Maritza: noches quietas

Rubén solía llevar a Ana y a Maritza cada mañana a la escuela. Luego, a las 4.30, Mariela las buscaba. Compartían la merienda y, si no había tareas, miraban videos por YouTube. A las 19.30, las chicas iban a dormir y entonces Rubén, que trabajaba repartiendo comida a domicilio, llevaba a Mariela a su trabajo, se iba al suyo y luego la esperaba en casa, pues ella terminaba más tarde. Mariela era mesera desde las 8.00 de la noche, hasta las 3.00 de la mañana y solía llegar francamente agotada. A la mañana siguiente, comenzaban una vez más su rutina de llevar a Ana y a Maritza.

Hace un par de meses tuvieron problemas graves para pagar el alquiler y unos medicamentos costosos que debían enviar a Venezuela. La presión fue intensa y corrían un serio riesgo de quedarse en la calle con las niñas. Entonces Mariela tuvo una idea, que prefirió no pensar mucho antes de ejecutar: aceptó acostarse con un cliente que se lo había propuesto, para obtener dinero extra. Desde entonces lo ha hecho varias veces. Rubén, ajeno a esa situación, se dio cuenta de que algo no estaba bien. Cada vez que ella regresaba, de vez en cuando algo más tarde, la encontraba un poco más triste. Luego pasó algo más, ella ya no quería darle ni un beso, ni tocarlo, ni dormir con él. Rubén le preguntó si había alguien más y Mariela solo le dijo que día a día extrañaba más a su familia, a quien no había visto desde hace dos años.

Ana tiene 8 años y Maritza, 3. Solo entienden que algo muy malo está pasando, porque de pronto, sus padres siempre

parecen afligidos o enojados y discuten mucho. Han faltado varios días a la escuela, porque no las han llevado y nadie les ha explicado por qué. Ya casi nunca ven películas en YouTube con ellos y en dos ocasiones han tenido que comer galletas en la cena, porque a Rubén y a Mariela se les olvidó preparar la comida antes de irse a trabajar. Desde hace dos semanas duermen poco. Ana, la más grande, cree que alguno de sus padres puede no regresar más a casa o que algo terrible podría pasarles. No se ha animado a contarle a sus abuelos, que están en Caracas, porque teme que luego haya un problema mayor y la castiguen. Maritza se está portando muy mal, se levanta mucho en la noche y llora, y como están solas, Ana se tiene que hacer cargo de ella. Pero es muy difícil, y se dio cuenta de que si le pega duro, se queda quieta, aunque eso la hace sentir muy mal después y teme que la descubran. Ahora las noches son más largas, más oscuras y dan más miedo, pero tienen que quedarse quietas, porque sus padres trabajan a esa hora.

II. Armando: un batazo no duele tanto

En 2017, en medio de las protestas masivas que ocurrían en toda Venezuela contra el gobierno, que el entonces presidente bautizó como las “Guarimbas”, haciendo referencia a un juego infantil, la policía obligó a Armando, junto a otros manifestantes, a entrar en la parte de atrás de un camión, arrojaron gas lacrimógeno dentro y cerraron la puerta, dejándolos totalmente encerrados, sin fuentes de ventilación. Casi murió por asfixia. Luego lo llevaron a un lugar que no recuerda bien, donde fue torturado. Su familia logró pagar lo que pidió la policía para sacarlo del calabozo y, unos días más tarde, estaba en Italia, desde donde hace cuarenta años migraron sus abuelos.

Con muy poco dinero en su bolsillo, intentó contactar a algún familiar, sin éxito. Tal vez ya no quedaba ninguno. Era la primera vez que vivía solo y no tenía experiencia laboral alguna, pues acababa de recibirse como economista en una universidad muy prestigiosa y no menos exigente, la Católica Andrés Bello y, la verdad, sus padres se habían empeñado en que se dedicara solo a estudiar. Sin embargo, siendo un chico muy despierto y sociable, consiguió trabajo en un lugar con buena paga y pronto comenzó a disfrutar de la vida en Milán, su buena comida, su vida nocturna, del sentimiento de pertenencia a la tierra de sus ancestros, de la libertad de vivir en Europa y poder ir a cualquier lugar, de todas aquellas cosas de las que había carecido en los últimos años.

Pero unos diez meses después terminó su contrato en la empresa, y el siguiente año no se le hizo fácil conseguir otro. Lavaba platos en un restaurant, cuando comentó a otro de los empleados que las deudas lo estaban ahogando y que le gustaría regresar a Venezuela, pues allá al menos estaba su familia y tenía casa y auto, pero le habían advertido que si lo hacía, podía regresar a la cárcel. Entonces el compañero le ofreció una oportunidad nueva oportunidad para hacer dinero: vender drogas. Armando no aceptó, pero semanas después, sucumbió. Lejos de su familia y de su novia, sin sus amigos de toda la vida, expatriado, siempre asustado al saber que hacía algo ilegal, sintiendo perdido su futuro como profesional y sobre todo, con una gran tristeza, Armando comenzó a fumar marihuana “para relajarse”.

Había contado que un tío materno era alcohólico y que otro padecía esquizofrenia. ¿Cómo habría de saber el pobre Armando, que aquellos antecedentes lo hacían más frágil ante las drogas y ante la enfermedad mental? Desde hace dos años

va al psiquiatra y está un poco mejor, aunque le costó mucho aceptar que tiene que mantener una medicación estricta. Pero una parte de él quedó extraviada en medio de ese bien diagnosticado trastorno bipolar, que comenzó con aquella terrible depresión. ¿Habría padecido Armando esta enfermedad si no hubiese tenido que pasar por todo esto? No lo sé. Lo que sí me explicó claramente Armando es que los batazos, la asfixia y las patadas que recibió mientras estaba preso, indefenso, no le dolieron tanto, ni por tanto tiempo, como tener que dejar en el pasado, en Venezuela, todo el futuro que su familia y él habían planeado juntos.

III. Lucía: incendios en la memoria

De niña solo podía correr. Corría de mi madre, violenta, triste y alcohólica. Corría de un colegio con maestras casi analfabetas, del ruido de mi estómago hambriento, de los vecinos acosadores y sobre todo, de mi futuro casi imposible, marcado por la pobreza y la muerte temprana de mi padre. Corría y corría para huir, hasta que de tanto correr, llegué a la Universidad de Oriente, a su Instituto Oceanográfico en la ciudad de Cumaná, donde por fin pude detenerme y hacer todo lo que no había podido hasta entonces: comí, dormí, soñé, conocí la amistad, me enamoré, crecí, viví, me transformé, me hice un lugar en la vida y me gradué con honores de biólogo marino.

En medio de mi país derrumbándose, pude reunir fuerzas y recursos económicos y partí a Chile, para completar mi formación de postgrado. Sin embargo, me prometí regresar, para devolverle a la Universidad al menos un poco de todo lo que me había regalado. Fue el primer hogar que tuve y quería cuidarlo también para otros. Así que, mientras tanto, decidí

colaborar con el Instituto Oceanográfico donando dinero, enviando libros y revistas, y ayudando a jóvenes tesisistas. Han pasado ya seis años desde entonces, y mantengo esa ayuda, soñando con el momento de volver.

Ayer en la mañana un colega me llamó. Me dio la noticia de que por segunda vez en seis meses habían saqueado el Instituto. Esta vez la razia fue mayor. Se llevaron el tendido eléctrico, las puertas, todo el mobiliario; no solo sillas, mesas, pupitres, sino hasta los estantes de las bibliotecas. Luego, tal vez por accidente o en forma deliberada, quemaron todo. Se perdieron décadas de investigaciones, tesis, libros, documentos únicos, muestras, materiales, ejemplares biológicos y equipos. Los bomberos no lograron llegar a tiempo, y luego declararon con vergüenza a los diarios que no habían podido acudir por que no tenían gasolina en sus unidades de transporte y tampoco tenían el personal completo, pues casi todos se han ido, poco a poco, del país.

Desde ayer no he parado de llorar y siento que corro otra vez. Se quemó mi casa, mi única razón para regresar. Se extinguió el lugar donde ocurrieron mis recuerdos. Siento que corro ahora de mi patria triste, maltratada y mendiga, de mi Universidad ahora casi analfabeta, de esos estómagos hambrientos que saquean y pueden devorar todo, y sobre todo de mi pasado, que nunca volverá.

IV. Álvaro Andrés: el favorito de la Titi

Mañana mi sobrino, el hijo de mi hermana, cumplirá cinco años. Mi mamá y mi hermano estaban buscando fotos suyas con él, de cuando era más bebé, para subirlas a sus redes sociales

y compartir así la dicha que les produce que Álvaro Andrés haya venido a este mundo. Yo tengo en total tres sobrinos, dos por mi hermano y Álvaro, pero por alguna razón, él es mi favorito. Creo que es porque no estuve cuando nació. En días como hoy, eso se hace más extraño, porque yo no tengo ni una de esas, una simple foto con él. Bueno, sí tengo unas, pero él no aparece directamente, sino en la barriga de mi hermana.

Cuando nació, ya me había ido de Venezuela. Yo sabía que venía una hambruna. Cada día se hacía más difícil conseguir cualquier cosa, no solo la comida, así tuviera dinero para comprar. Las colas para todo eran de un día completo y a veces de dos. Sabía que el país se caía a mi espalda y me podía aplastar, y me fui, sobre todo, para abrirle camino a la familia, aunque en ese momento ellos no entendían con tanta claridad como ahora sobre lo que estaba ocurriendo. Lo sé, porque ellos pensaban que se trataba de que yo, aun siendo la menor, era la más atrevida, la más ambiciosa, y que por eso quería irme a buscar un nuevo mundo, aunque en realidad simplemente yo estaba muy asustada. Así que el día que nació Álvaro Andrés, no estuve, como no he estado en muchos otros momentos, de los que solo tengo el registro de fotos y videos donde no estoy. Eso es duro, pero en realidad lo peor es que esos momentos vienen sin la emoción correcta, pues siempre que aparecen esas alegrías de los cumpleaños, de las fiestas navideñas, de los bautizos, yo me alegro, pero es una alegría que siempre viene como ese lugar donde el río se mezcla con el mar, un agua turbia donde surge la nostalgia, empañando cualquier cosa.

Yo soy, para Álvaro, la tía chiquita, la tiita o, como él me dice, la "Titi". Desde aquí me desvivo por enviarle regalos y todas las cosas que me dicen que necesita, o lo que yo creo

que puede necesitar, pues a mí me ha ido muy bien en lo económico, pero a ellos no, en ese país al que emigraron dos años después de que yo me fui. Ya tenemos cinco años de relación ese niño y yo. ¡Eso sí es una relación a distancia! Nos vemos casi a diario por una pantalla, mientras yo sueño con una foto en la que aparezca con él. ¡Una foto para subir a las redes sociales y presumir cuánto significa para mí! Pero por los momentos, debido a mi proceso migratorio, no puedo salir de este país y mi hermana, mi compañera de juegos, la que me explicaba cómo era la vida, porque yo era más pequeña, la que me defendía en el colegio, mi confidente, ella, no tiene el dinero suficiente para venir a verme y mucho menos la visa. Ni siquiera hay una posibilidad cercana de que eso suceda. Mañana, por quinto año consecutivo, mi amor dará la vuelta al mundo para llegar a ti, mi sobrino amado, el favorito de la Titi, algún día mi amor. Algún día podrá ser.

V. Gabriela: los niños inmigrantes

Gabriela, Tania, Armando, Daniela, Carlos, Alberto, Tamara y Luis, no se veían desde hace seis años, cuando Gabriela se fue de Venezuela. Se reencontraron hoy en una videollamada, luego de crear un grupo de whatsapp. Cuando comenzaron a separarse tenían tan sólo siete años de edad; ahora, que tienen quince. Gabriela está en Argentina; Tania está en Ecuador; Armando y Alberto, en diferentes ciudades de España, Daniela, en Colombia; Carlos, en EE.UU.; Tamara, en Costa Rica. Solo uno de ellos queda en Venezuela, Luis. Hoy recorrieron América y Europa en solo dos horas. Desde hace varias semanas, uno a uno, se fueron buscando por las redes sociales y así, volvieron a ser “El Salón”, “mi salón de clases”.

“Todos, excepto Luis, pasamos por la experiencia de ser (niños) inmigrantes, de esos que sentimos que no encajamos”, me contaba hoy Gabriela, radiante de felicidad. Después me dijo, consternada, que Luis tuvo que ver cómo se iban todos sus amigos, mientras él se quedaba en a vivir con unas horas de electricidad por día, con un rato de agua por semana y acompañando a su madre a las largas colas para comprar comida; incluso presencié cómo su colegio, un colegio privado, grande y tradicional, cerraba sus puertas para siempre. “Tania habla ecuatoriano, muy raro, y Armando habla como si fuese español, pero al rato se le quita y habla normal; pero Alberto habla como que salió ayer de Caracas”, bromeaba Gabriela. Niños que adoptan una nueva cultura a la fuerza y casi sin darse cuenta, pensaba yo luego, oliendo mi café, y al mismo tiempo aprenden a querer “eso” nuevo, porque no hay otra opción, porque la alternativa sería enfrentarse con el mundo y aún no tenían la tenacidad para hacer eso, aunque fuese su más profundo deseo, lo que además los llevaría a quedarse aun más solos. Aprendieron que frustración es resignación; que una renuncia, es trascender.

Allí, en ese espacio volátil, etéreo, virtual, tras la pantalla, el vínculo, la amistad que forzosamente tuvo que detenerse, renace. A pesar de todo lo que hizo que sus padres tuvieran que irse, arrancándolos de sus raíces; a pesar de la opresión que los alcanzó, con su esfuerzo, su alegría, su libertad, y su deseo de querer reverdecer su mundo, han traído un pedazo de su vida interrumpida de vuelta, para sanarla. Ante la injusticia impuesta, la amistad más pura, la de la niñez, se abre paso con la misma contundencia de un exorcismo.

Me quedé pensando que la historia que me contaba Gabriela arrojó luz sobre mis cicatrices. A ratos, mientras

la escuchaba, confundí su alegría y su dolor con los míos y luego, restaurándome, pude volverla a escuchar. Ahora con mi café, esperando un rato para salir a caminar, comprendí de primera mano por qué las posibilidades de que un país se desdibuje, se desintegre, se pierda, son tan pocas, aunque pasen tres generaciones. Venezuela, sus palabras, su comida, se funde con otros mundos, creando fusiones, modificando lugares; además, mientras tanto, incluso los más pequeños, que un día salieron a otros horizontes cuando apenas comenzaba su vida, se buscan para reencontrarse. Se consiguen en esos espacios donde vuelven a ser “El Salón”, “El grupito de la clase”. Más allá, son nuevamente El País; no el país que estaba, sino uno más grande, imperceptible a ratos, que crece sobre sus cicatrices, para expandirse.

Corto epílogo

¿Qué pierde una persona cuando deja todo atrás? ¿Qué encuentra una persona cuando halla algo nuevo frente a sí? George Bernard Shaw decía que no hay un beso que no sea el principio de una despedida, incluso el que se da al llegar. Todo beso, en el fondo, es un dolor entonces. Toda cicatriz es la huella de que algo ha sanado, aunque duela cuando hay mucho frío. Toda cicatriz es una confesión de vida, de haber vivido.

ESEMP/NMF